

La benefactora

Es enero y hace frío. La nieve cae con la pureza de una primera vez, tímida y somnolienta, como si temiera interrumpir el descanso de los vecinos. Es madrugada y las calles, habitualmente embarradas, sucias y malolientes, presentan ahora una estampa delicada y perfecta. Tan solo los últimos borrachos se aventuran a salir de la taberna y rompen con sus voces y pasos la imagen inmaculada que alegraba los tristes ojos de nuestra protagonista.

“Al menos había paz”, piensa, mientras se refugia, o lo intenta, en el húmedo camisón que la cubre. No quiere ser vista, pero sabe que su balcón ya es parada habitual del grupo de hombres que apuran los días aferrados a los chatos de vino barato. “Ahí está la millonaria, en camisón como una cualquiera”, gritarán, envalentonados por el alcohol y la desgracia ajena.

No los culpa. No culpa a nadie. Solo espera a que llegue la mañana y su fiel Sole suba en silencio a abrir el balcón. Es una noche más al raso, peculiar porque ha nevado, pero sin nada extraordinario. Quizá sí hay una ventaja, y es que el frío entumece los golpes y mitiga el dolor. Pero solo será un alivio pasajero, pues ya sabe que en cuanto su cuerpo entre en calor, volverá el dolor lacerante que, a ratos, le impide hasta respirar.

Es en esos momentos, cuando ve mermada su todavía juventud, cuando odia. No quiere hacerlo, se castiga por ello. Reza cada noche por evitar ese sentimiento, pero cuando el dolor la atraviesa, cuando siente la sangre manar de sus labios, es cuando odia, odia con rabia, con desesperación, con saña. Odia tanto que podría matar, podría hincar sus dientes y desgarrar la carne como un perro hambriento. Hambriento de desesperación, y de dolor. La humillación atraviesa su espíritu y nada consigue frenarla. Ni los

padecimientos de Jesucristo, a los que tanto recurre su confesor don Saturnino, ni nada. Se arrepiente al instante de sentir así y reza, reza hasta el desmayo.

Sole se limpió los pies en el felpudo de la entrada mientras se cerraba un poco más la toquilla. “Vaya nohecita”, pensó, en lo que intentaba abrir la puerta que, tan aterida por el frío como los humanos, chirrió como un animal herido. No se entretuvo mucho más la mujer, sabía lo que tenía que hacer aunque no hubiera visto lo que había visto. “Santa Madre de Dios, otra vez ese malnacido”, murmuró subiendo la escalera noble de la gran casa. “Santa María Bendita, y que no hay quien le pare los pies...” Rauda, entró en el dormitorio, aferró una manta y abrió los postigos, cerrados por dentro con saña, de la ventana. Allí estaba su señora, y señora de medio pueblo si por títulos de propiedad fuera: doña Blanca de la Garza. Al borde de la congelación, desmayada sobre sí misma, vestida tan solo con un camisón que dejaba entrever la constelación de moretones que llevaba marcados por todo el cuerpo.

Sole aferró a doña Blanca, la zarandó hasta que escuchó un gemido, y la envolvió presta en la manta, obligándola a ponerse en pie para que la sangre volviera a circular por su entumecido ser. Después, una vez la tumbó en la cama, masajó con fiereza las piernas heladas y lanzó una voz por la escalera para que Apolonia, la chica de las cocinas, se diera prisa con el agua caliente para el baño de la señora.

“Pero, ¿cómo lo permite, señora? ¿Cómo lo permite? Semejante sinvergüenza, aprovechándose de usted de este modo, tratándola así con todo lo que usted ha hecho por él...” Doña Blanca escuchaba a su fiel doncella pero, incapaz de articular palabra, se dejaba hacer. Tan solo quería dormir. Dormir y no despertar.

Blanca de la Garza era el resultado de la nefasta política de matrimonios que generaciones de nobles pudientes habían seguido durante décadas. Los casamientos entre familiares aumentaron la mortalidad infantil –ya de por sí elevada en aquellos años de principios del siglo XX- a cotas nunca vistas. El único producto de aquellas bodas entre primos de las familias De la Garza, Belfort y Hernández del Río que llegó a la edad adulta con capacidad de raciocinio fue doña Blanca, quien heredó más fincas, propiedades y rentas de las que nunca podría disfrutar en una sola vida.

Pronto, casi desde la cuna, la cuestión de su casamiento fue arduamente debatida. Al final, el elegido entre la media docena de posibles maridos adecuados para la muchachita fue Gonzalo del Río, un primo lejano de una rama familiar menor, sin muchos dineros pero con estudios. Influyó en aquella decisión la propia voluntad de Blanquita, quien a sus 17 años, recién dejados los calcetines de perlé y estrenando sus primeros atuendos de mujer, sintió que la vida se le iba y se le venía con cada mirada de su primo. No supo entonces hasta qué punto aquella sensación iba a ser su castigo y su condena.

“Sole, por favor...” Doña Blanca intentaba sorber el chocolate, espeso y bien dulce, que su doncella le había subido pero la garganta le dolía como si tragara cristales. Aun así, sacó fuerzas de flaqueza para reprender una vez más a su fiel doncella, que cargaba sin descanso contra “ese malnacido, mal hombre, mal todo, que mal rayo le parta”.

“Pero no me diga que me calle, señora... Un día la va a matar, es lo que pretende, quedarse con todo, y usted lo sabe...”

Doña Blanca dejó la taza en la mesilla con determinación y miró a la mujer. No era la primera vez que mantenían aquella discusión y Sole ya sabía que había poco o nada que

hacer. En breve llegaría el confesor de la señora, ese pájaro de mal agüero, y todo volvería a quedar en nada. El sinvergüenza aparecería poco después compungido, con algún regalo, y tras conseguir el perdón –y de paso algo de dinero- se marcharía unos días a la capital “a atender asuntos de negocios”. Y hasta la próxima.

“Y yo soy la reina de Saba si ese imbécil tiene negocios...”, pensaba Sole mientras bajaba la escalera noble con el chocolate, casi intacto, de la señora. En la puerta, Apolonia ya abría a don Saturnino, el capellán de la casa y confesor de doña Blanca.

- “Buenos días, Sole”, saludó el sacerdote, entregando su capa y sombrero a Apolonia.

- “Buenos días, padre”, respondió la doncella, que siguió la mirada del cura hacia la taza de chocolate y se vio obligada a añadir: “ahora le sube la chica una taza, que está recién hecho”.

- “Gracias, hija, gracias, que Dios te lo pague. ¿Qué tal la señora?”

- “Pues como siempre, padre, molida, apaleada y esta vez casi congelada... Maldito sea...” Sole contuvo las ganas de escupir en el suelo al pronunciar estas últimas palabras.

- “Bueno, hija, bueno, los matrimonios, ya se sabe, no somos nosotros quienes para meternos ahí... Ya te lo he dicho en muchas ocasiones, la mujer tiene que obedecer a su marido, es su obligación...” Don Saturnino enfilaba ya los primeros escalones que subían al primer piso pero Sole no se arredró, esta vez no. “Pues yo creo que sí nos tenemos que meter, padre, porque la va a matar, en una de estas la mata... O de los golpes, o la mata de pena, o se mata ella de hambre... Un ser así, un ser así no merece vivir”.

Las lágrimas corrían ahora por las mejillas curtidas de la fiel Sole, con su pelo negro recogido en un apretado moño y sus manos callosas de haber trabajado mucho y bien en esta vida. Llegó a la casa de los De la Garza siendo apenas una chiquilla, desde la dehesa donde generaciones de su familia se habían deslomado de sol a sol para los señores. Ahora vivía en una casa en la misma calle, también propiedad de la familia, porque el malnacido de don Gonzalo prefería tenerla lejos y rebajar así su influencia en doña Blanca. Como si en verdad tuviera alguna y no se viera obligada a ver, día tras día, el deterioro físico de su señora, que se había convertido en una triste sombra de aquella muchachita ilusionada e inocente que una vez fue.

Al escuchar la exclamación, llena de fiereza y rabia, de la criada, don Saturnino se volvió y con severidad dijo: “hija mía, más te vale acudir a la parroquia a confesarte porque acabas de cometer un pecado mortal...”

La carcajada que soltó la mujer estremeció al sacerdote. Sin perder un segundo más con aquel melifluo cura adicto al dulce, Sole se dio media vuelta y caminó hacia la cocina, donde dio permiso a Apolonia para que se terminara el chocolate de la señora.

Don Saturnino sacudió de su conciencia la ligera sombra de culpabilidad que las palabras de Sole habían provocado y continuó su camino hasta la salita donde doña Blanca solía recibirle. Se extrañó de que la señora no estuviera aún allí, así que se dispuso a esperar. Y esperó tanto que le dio tiempo a tomar el chocolate que una tímida Apolonia le llevó poco después.

Al fin, un crujido de los suelos de madera encerada anunció la llegada de doña Blanca, quien, haciendo honor a su nombre, parecía en sí misma un espíritu. Delgada hasta la extenuación, apenas se sostenía en pie mientras besaba el anillo a don Saturnino, quien volvió a sentir algo parecido al remordimiento.

- “Blanca, hija...”, apenas pudo musitar el sacerdote.

La señora intentó recomponerse al ver la turbación de su confesor. “No es nada, padre, solo he cogido algo de frío”.

Don Saturnino contempló apesadumbrado a aquella criatura desvalida y sintió de nuevo la oleada de la conciencia. Doña Blanca intentó sonreír pero sus labios apenas fueron capaces de formar una triste mueca. No había nada que decir. El aspecto de la mujer hablaba por sí solo y el sacerdote se guardó para sí el discurso de siempre. La muerte anidaba en los ojos de doña Blanca.

Aturdido por el encuentro, don Saturnino no pudo sostener la mirada de Sole cuando, media hora después, abandonó la casa. La fiel criada quiso preguntarle si no iba a hacer algo al respecto, pero, observando la rapidez con la que el cura huía, asumió que no, que el destino de su señora estaba escrito y nadie iba a mover un dedo para evitarlo.

Nadie excepto ella.

En la dehesa se aprenden muchas cosas. Se aprende, por ejemplo, a lavar los manteles de hilo de modo que queden blancos y relucientes. Se aprende a desollar conejos para los guisos de los señores y a curtir las pieles para abrigar los inviernos. Se aprende que si la avutarda canta por la mañana es presagio de lluvias o que si amenaza el pedrisco lo mejor es refugiarse en la casa y rezar para que la cosecha aguante.

Se aprende también que las hierbas ayudan. Que la lavanda deja buen olor en la ropa, que el cocimiento de romero y tomillo cura los males del pecho, que la ruda calma los nervios y alivia los males de las mujeres.

Se aprende que el muérdago va bien para los reumas y las hinchazones. Y que destilado produce un aceite que calma los dolores musculares. Y que mata si se ingiere.

En la dehesa estas sapiencias se aprenden porque se heredan. Porque la abuela Marina las conocía y las explicaba. Porque un buen día el hijo pequeño de la abuela se bebió un emplasto de muérdago y murió entre convulsiones, sin que los señores se molestaran en llamar a un médico.

La abuela guardó desde entonces el aceite de muérdago para algún día vengarse de aquellos que no quisieron salvar a su hijito. Como una posibilidad que le otorgaba la tranquilidad que su vida había perdido. Nunca la utilizó, pero pasó el conocimiento a su nieta, Sole, cuando supo que los señores se la llevaban al pueblo a servir. “Para que te defiendas”, le había dicho al entregarle el pequeño frasco envuelto en un trapo blanco.

Los padecimientos de don Gonzalo que culminaron con su muerte fueron la comidilla del pueblo durante días. Se dijo que la diarrea lo había consumido y que el estómago casi se le salía por la boca de las arcadas. Doña Blanca no se separó de su lado en las tres jornadas que tardó en morir, cumpliendo una vez más lo que se esperaba de ella, encomendándose a todos los santos en un ejercicio de piedad sincero, pese a los sufrimientos que aquel despojo que se consumía entre fiebres y náuseas le había producido.

Sole contemplaba con lástima como su señora se apagaba más aún ahora que el malnacido de su marido se moría, pero no dejó de verter gotas del aceite de muérdago en ninguno de los cocimientos que, con fervor, doña Blanca hacía beber al enfermo.

Hasta que el frasco de la abuela Marina se terminó y Sole lo estrelló contra el suelo, barrió los trozos y los tiró al riachuelo que atravesaba el pueblo. Don Gonzalo murió ese mismo día, tras una convulsión tal que hizo que todos sus huesos crujieran.

Se dijo que había muerto de fiebres, nadie sospechó nada y menos de un personaje que era conocido por sus andanzas y su comportamiento de sinvergüenza. Todo el mundo sabía que a veces la muerte hace justicia.

Doña Blanca se marchó a pasar el luto a la dehesa, con Sole a su vera, quien la cuidó con mimo. Los paseos al aire libre y los ricos guisos de su criada hicieron que, poco a poco, el color volviera a sus mejillas. No así la vida a sus ojos. Sole temía que tantos sufrimientos hubieran apagado por siempre la felicidad en su señora y no se equivocaba.

Doña Blanca de la Garza falleció unos años después. Sin padres ni hijos ni marido a los que legar su extenso patrimonio, el pueblo vivió con expectación la apertura de su testamento. A nadie sorprendió que sus criados más cercanos fueran llamados a dicha apertura, pues a buen seguro la señora habría considerado dejarles algún detalle por sus años de servicio entregado. Pero nadie esperaba que favoreciera con tal magnanimidad a Sole, a quien legó buena parte de su patrimonio “por el sabio conocimiento que de mi persona ha tenido siempre y su sabiduría con las hierbas, que tantos sufrimientos me calmaron”, dejó escrito doña Blanca en el testamento.

Tan solo ella, la fiel Sole, supo lo que aquellas palabras encerraban.

